

1647 Habiendo obligado al país á ofrecerle 1.000,000 de ducados para el sostenimiento de las tropas, recurrió á las gabelas para conseguir que entrase en sus arcas. La gabela sobre las frutas era una de las mas odiosas á la *despreciable plebe*, en aquel clima donde el calor contribuye á que se busquen con ardor, y las produce la naturaleza en abundancia. La juventud tenia la costumbre, el día de la Virgen del Carmen, de simular un ataque, bajo el mando de diferentes jefes, contra un castillo de madera construido en la plaza del Mercado. Uno de aquellos jefes era Tomas Aniello de Amalfi, *hombre muy despreciable* (1), pescador, de edad de veinticinco años, reducido á la miseria en virtud de una multa que los aduaneros habian impuesto á su mujer, por haberla sorprendido con una calceta llena de harina que entraba de contrabando.

Masaniello armó á su banda con palos y picas, y desfilando por delante del palacio, mostraron á los señores de la corte las partes que el hombre acostumbra tener ocultas. Otra vez, aprovechándose de un tumulto ocasionado por los cobradores de contribuciones que querian exigir el impuesto sobre los higos, Masaniello se puso á gritar como se grita en Nápoles, tomando la defensa del vendedor de fruta contra los agentes de la hacienda, y diciendo que no se debía soportar mas aquel no visto gravámen. El magistrado huyó; el pueblo se agolpó en derredor de Masaniello, y empezó, como siempre, por in-

de 1622. Sin embargo, en la práctica parece no se acordaba de ello, pues el mismo residente, escribia lo que sigue el 29 de abril: « El señor cardenal, queriendo ir el domingo próximo pasado á Poggioreale por pasatiempo, dejó su guardia de Alemanes á la puerta de la ciudad por donde salió. Y cuando estuvo algo lejos, se le acercó un pobre con cuatro panes en la mano, y le dijo: ¡ Ah! mirad señor, qué pan tan malo comemos. El señor cardenal le contestó: *Vé con Dios, jefe de pueblo*. El pobre le replicó osadamente que no era tal cosa, y su señoría ilustrísima mandó á sus lacayos que le prendiesen, como lo ejecutaron al momento. El pobre empezó á gritar: ¡ Ah Nápoles! ¡ Nápoles! y acudieron infinitas personas, en su mayor parte muchachos, apostrofando al señor cardenal con la voces de *arlequin cornudo*; y con las piedras que hacian llover sobre los lacayos, consiguieron que el preso fuese puesto en libertad. Su señoría ilustrísima retrocedió á todo correr de los caballos, y los Alemanes le acompañaron á su palacio. » El 6 de mayo escribia: « El miércoles por la tarde, yendo el señor cardenal virey en procesion... llevando consigo en la carroza al embajador católico, se presentó á su señoría ilustrísima un viejo con un pan en la mano, gritando: *Mirad lo que comemos, señor cardenal*. Le respondió que era un loco; y el viejo le dijo: *Si yo soy un loco, vos sois un arlequin cornudo*. Inmediatamente fué preso por la guardia de los Alemanes, golpeado con los palos de las alabardas, y maltratado tanto que el embajador se persignó cuatro veces; y á no ser él que intervino con el señor cardenal, hubiera acabado allí su vida el pobre viejo. Despues el populacho comenzó á formar grupos y á gritar. » En otro lugar refiere que con motivo de estos insultos fueron reducidas á prision doscientas personas, de las cuales siete murieron en el patíbulo, y se demolieron sus casas, aunque solo las tenian en alquiler. Los demas padecieron horriblemente, á consecuencia de la aplicacion del tormento.

(1) Nativo de Nápoles. Véase Volpicella, *Della patria e famiglia di Tommaso Aniello*.

Siguimos valiéndonos de las frases de Giannone, el cual las tiene pulidas, pero no ménos fuertes por eso para los gobernadores y el gobierno, siempre que su sano juicio se abre camino al través del respeto legal que profesa á la autoridad.

cendiar los registros y las oficinas de recaudacion; despues se dirigió al palacio del virey. Asustado este al ver aquellas inmensas oleadas de pueblo, y al oír sus voces, prometió abolir la gabela, pero se le pidió lo mismo con respecto á las harinas, y que restituyese por completo los privilegios de Carlos V. Los amotinados forzaron el palacio, huyó el gobernador, y desde el convento adonde se habia refugiado, concedió todo lo que se exigia de él, prometiendo una pension á Masaniello, á condicion de que tranquilizase á la muchedumbre. Negóse este á separarse de sus hermanos, y en espacio de algunas horas, se encontró dueño de Nápoles, abrió las cárceles á los contrabandistas y deudores del Estado, abolió las gabelas, dejó incendiar las setenta casas de la hacienda con todos sus muebles, aunque reservando los retratos del rey, que colocó en las esquinas con bujías encendidas; y obligó á todos á tomar las armas. Habiendo reunido el duque de Maddaloni una partida de bandidos para acudir en socorro de los nobles, el virey hizo que aquellos atacasen á los lazaroni, mientras que los entretenia con fingidas negociaciones; y envió hasta cinco asesinos contra Masaniello. Pero el pueblo los degolló, y la sangre derramada excitó á derramar aun mas; el mismo Masaniello se volvió feroz, y condescendió con los suplicios y con la ira popular. Era la época del heroísmo plebeyo. Muerte á los ladrones; muerte á los que llevasen capa, porque podian ocultar armas pérfidas; muerte á los que no expusiesen el retrato del rey y el de San Genaro. Las casas de juego eran otra de las pestes de Nápoles, y las tenian principalmente los nobles; la plebe les cayó encima y destruyó unas ciento.

El virey, por mediacion del arzobispo Filomarino, pidió una entrevista á Masaniello. Este queria presentarse en ella sin mas que los calzones y el gorro de pescador; pero el cardenal, hasta amenazándole con la excomunion, le obligó á echarse encima un manto de brocado y un sombrero á la española, y los lazaroni no se cansaban de admirar á su héroe, vestido de aquella suerte. Masaniello, á caballo, con la espada desnuda y en medio de los aplausos prodigados al libertador, se dirigió al palacio; ántes de entrar aseguró á la multitud que no habia trabajado sino por el bien de todos, diciendo: *Tan pronto como os devuelva la libertad, emprenderé de nuevo las tareas de mi oficio, sin pedirnos mas que un Ave Maria en la hora de mi muerte*. Se lo prometieron, y él siguió exhortándoles á no dejar las armas hasta obtener su propósito, á desconfiar de los nobles, y á pegar fuego al palacio si le detenian mucho tiempo. El virey le acogió del modo mas cortés que le sugirieron el miedo y la perfidia; le llamó *hijo mio* y le tocó mas de una vez la barba, diciéndole que nada temiese. Se dió principio á las conferencias; el pueblo recelando se hiciese violencia á su jefe, empezó á agitarse; pero Masaniello se asomó al balcon,

y con solo poner el dedo en la boca obtuvo el silencio de cincuenta mil lazaroni, y que se retirasen á sus casas.

Concluido el tratado con el « jefe del fidelísimo pueblo, » fué leído á la puerta de la catedral, explicándolo Masaniello punto por punto á la multitud; en seguida se juró sobre los Evangelios y por la sangre de San Genaro cumplirlo, y el virey ofreció conseguir que lo confirmase el monarca español. En el discurso que pronunció Masaniello, mezcló locuras con cosas sensatas, y quiso quitarse allí mismo aquel incómodo traje para vestirse nuevamente sus calzones de lazaroni: al día siguiente se le veía correr arriba y abajo por Nápoles como un furioso, atropellando con su caballo á todo el que encontraba, hiriendo á las personas, haciéndolas ahorcar, y ahogando en el vino el poco juicio que le restaba.

Hubo siempre en este hombre, de seguro, una mezcla, mas bien extravagante que singular, de vanidad y honradez, de valor y pusilanimidad. Preguntaba al arzobispo: « Excelencia, ¿seré enroddado? Excelencia, soy un gran pecador y quiero confesarme. Nada pido para mí, y terminado este asunto, volveré á vender pescado. » En la comida que se dió en Pezuoli, su esposa dijo á la de Arcos: sois la vi-reina de los nobles, y yo la vi-reina de las mujeres del pueblo. En su efímera dictadura, Masaniello erigia tribunales en la plaza, oyendo las quejas, y la mayor parte de las veces juzgaba por solo la fisonomía: á su lado se veía el patíbulo, única pena que aplicaba el cruel vendedor de pescado: semejante conducta fué causa de que se dijese, y quizá con fundamento, que el virey habia conseguido, valiéndose de venenos, extraviar su razon.

La gente sensata se separó de él, al paso que el populacho le manifestó cada vez mas adhesion; pero los sicarios lograron al fin degollarle. El pueblo que la vispera le idolatraba, le cubrió de ignominia; y al día siguiente, sintiendo renacer su amor hácia él, lloró, se desesperó, y le hizo exequias que ningun rey ha tenido, á saber, el llanto de ochenta mil ciudadanos. Los honores militares se le tributaron por aquellos mismos que le habian mandado matar; cuarenta mil soldados, arrastrando por el suelo sus banderas, acompañaron las exequias en medio del clamoreo de las campanas y el estampido de los cañones. Todos los frailes celebraron misa por el descanso de su alma; refiérese que al ir á darle sepultura, la cabeza que habian vuelto á unir á su cuerpo, habló, y que su mano dió la bendicion; en el espacio de una semana fué Masaniello pescador, tribuno, rey, y se vió insultado y santificado (1).

No por esto se apaciguó la rebelion. Arcos in-

(1) Las mejores historias contemporáneas son la de De Turri de Sanctis, y la *Partenope liberata* del doctor Donzelli, grande partidario de Masaniello. Véase tambien el *Diario di Francesco Capecepatro*, contenente la *storia anni 1647-50*, Nápoles, 1850, con riquísimas notas del marques Angel Granito.

tentó eludir los privilegios concedidos por miedo á aquel dictador de ocho dias; el pueblo pretendió que las concesiones no estaban bastante claras; cuando se aclararon, pidió otras; empezó á declamar contra los Españoles, y á inmolar á los que encontraba al paso; sitió al virey en Castelnuovo, obligó á Francisco Toralto, príncipe de Massa, á declararse capitán del pueblo, el cual obtuvo condiciones mas latas, y las provincias pidieron lo que habia alcanzado la capital.

En esto se presentó delante de Nápoles Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV; entabláronse capitulaciones; el pueblo depuso las armas, y festejó mucho á Don Juan, su libertador. Pero duró poco su engaño, pues apenas se le hubo desarmado, cuando bajaron las tropas en buen orden de los castillos, y el fuego de estos asoló la ciudad. El furor impulsó á la defensa á los vendidos Napolitanos; de suerte que, no pudiendo los soldados ocuparla toda, Arcos tuvo valor para pedir la mediacion del cardenal Filomarino, el cual, indignado de que se le hubiese convertido en instrumento del inicuo exterminio de su grey, se negó á ello. Reunióse el pueblo: los que propusieron apelar á Francia, fueron considerados como desleales, y recibieron la muerte; el príncipe de Massa perdió la confianza porque trató de conciliar los ánimos ó de dar largas al asunto; en consecuencia, le mataron, colgaron su cadáver de la horca, y presentaron su corazon á su mujer, aclamando en seguida capitán á un arcabucero, llamado Genaro Anesio.

La nobleza se habia retirado al campo, y allí reunió armas é interceptó los víveres á la ciudad, que reducida de este modo al último apuro, pensó en recurrir á aquella Francia tan aborrecida ántes, y cuyos embajadores en Nápoles habian atizado aquel incendio con objeto de inquietar á la España.

Se encontraba entonces en Roma Enrique II, duque de Guisa, célebre por sus amorosas aventuras, y que, condenado como reo de lesa majestad y luego absuelto, habia ido á tratar de que se anulase su matrimonio, con objeto de unirse á una coqueta intrigante. Los pescadores napolitanos le encontraron, y creyeron ver en él al enviado de Dios. Aceptó el duque sus proposiciones como descendiente de la casa de Anjou, y prometió cuanto quisieron; no fueron ménos pródigos los diputados de la *rea república* de Nápoles en brillantes promesas, y Guisa llegó á la capital del reino con una comitiva de veintidos personas, comprendiendo en ellas á los diputados napolitanos y los criados, muy poco dinero, tomado á crecido interes, y algunos barriles de pólvora. Subió de punto la alegría; los Napolitanos volvieron á tomar la ofensiva contra los Españoles y rechazaron á la nobleza. El valor se convirtió en entusiasmo á la vista de una escuadra francesa, y no se dudó que Francia la enviase para establecer una república en Italia. La formaban veintinueve

El
duque
de
Guisa.

1643.

buques de guerra cargados de municiones, y mandados por el duque de Richelieu, resobrino del cardenal; no cabiendo duda de que, si hubiesen atacado á la escuadra española, desamparada como se encontraba, la habieran derrotado. Pero el duque no hizo mas que desembarcar algunas municiones y se volvió, pues la intencion de Francia no era comprometerse en una guerra.

1648.
Abril.

Entretanto Enrique de Guisa se habia hecho proclamar duque de Nápoles, y habia esparcido la alegría por la ciudad con sus victorias (1). Arcos, odiado de amigos y enemigos, como causa de aquellos males, abdicó, y Don Juan de Austria quedó dueño de algunos barrios hasta que llegó el virey conde de Oñate. Este, habiendo atraído con astucia al duque de Guisa fuera de la ciudad, la ocupó; Genaro Anesio, que no podía sufrir con paciencia á Guisa como superior, al paso que este no queria tenerle por igual, entregó la llave del gran Torreon, y resonaron los gritos de alegría como ántes las blasfemias. Restablecióse la tranquilidad, y el duque de Guisa fué preso en su fuga y trasladado á España. De esta manera terminan las revoluciones cuando el valor y el furor no son dirigidos por la prudencia.

Poco despues llegaron los socorros que Guisa habia pedido á Francia; pero ya se habia desvanecido el ardor. El duque Tomas de Saboya, que iba á probar fortuna, se vió obligado á retirarse, y los Españoles lo tomaron como pretexto para vengarse. Decapitaron á Anesio, que sin embargo habia hecho traición al pueblo en favor suyo, y ahorcaron á sus principales compañeros. Ejerció el nuevo gobernador feroces venganzas, imponiendo á muchas personas la muerte, la cárcel y la confiscacion. Por último, el mismo verdugo fué ahorcado, convicto de haber recibido dinero para hacer padecer mas á los desgraciados que le entregaban.

Don Juan de Austria en la capitulacion habia

(1) Las Memorias de la Motteville y las cartas que cita, nos demuestran qué clase de héroe era el duque de Guisa. Habiendo sido encerrada en un monasterio su querida, la señorita Ponts, para que no se le antojase ir á Nápoles á hacer el papel de reina, escribió Enrique á Mazarino, quejándose de ello y del abandono en que se le dejaba, y añadía: « Mis esperanzas me han engañado, y me aflige el que vuestra eminencia me retire su proteccion, cuando mas la necesito. He arriesgado mi vida en el mar, he reunido en un mismo partido á casi todas las provincias del reino; he sostenido la guerra por espacio de cuatro meses, sin pólvora y sin dinero, y he hecho entrar en la obediencia á un pueblo hambriento, sin haber podido darle en todo este tiempo pan mas que dos dias. Cien veces me he librado de la muerte, que me amenazaba, ora con el veneno, ora con el puñal. Todos me han vendido; mis mismos criados han sido los primeros que han causado mi ruina. La armada naval (de Francia) no se ha presentado mas que para arrebatarme el crédito entre el pueblo, y en consecuencia el medio de llevar á feliz término la empresa. Pero lo que es mas doloroso, es el disgusto causado á mi amada, haciéndola entrar en otro monasterio que aquel adonde yo le habia rogado que se retirase. De esta manera me veo privado de la única recompensa que pedía para mis fatigas. Sin esto, poco me importa la grandeza, la fortuna y hasta la vida; me abandono á la desesperacion, y renuncio á todo sentimiento de honor y de ambicion; no me queda otro deseo que morir, para no sobrevivir á un pesar que me hace perder la tranquilidad y la razon. »

abolido las gabelas; insensata exageracion, que reducía á la miseria á millares de familias que vivían de ellas. Restablecieronse pues; pero organizándolas mejor, y el fuego quedó como cubierto con las cenizas. No obstante, aun permanecían muchos nobles fugitivos ó desterrados: otros estaban muy irritados; y así, Enrique de Guisa, habiendo recobrado la libertad, recibía excitaciones de todas partes para que volviese á probar fortuna. El cardenal Mazarino le dejó preparar una expedicion por su cuenta, prometiéndole ayudarle en caso de que venciese. Enrique, despues de proporcionarse dinero á cualquier precio, se dió á la vela desde las costas de Provenza con siete buques de alto bordo, quince mercantes, seis galeras y seis tartanas; pero perdió muchos en la travesía.

Aunque el virey se puso en defensa y prometió el perdon á todo el que se portase bien, el duque de Guisa desembarcó en Castellamare, y se habria apoderado de Nápoles si hubiese obrado con actividad; pero falto de viveres, no viéndose secundado, como lo esperaba, aborrecido por los aldeanos á quienes le era preciso despojar, tuvo que volverse á Francia con la gente que le quedaba, y España echó de nuevo sobre aquel teatro de desórden su manto recamado de escudos de armas y forrado de una púrpura sangrienta.

Varios pintores tomaron parte en aquella revolucion, y fueron victimas de ella; otros la inmortalizaron con su pincel, como Salvador Rosa, Spartaro, Falconi y Francisco Francanzano, que despues intentó promover otra; pero habiendo sido descubierto, en lugar de mandarle ahorcar, el conde de Oñate le hizo envenenar.

Aun no eran estas bastantes miserias para Nápoles; la peste (que casi de continuo estuvo unida á las desgracias de aquel siglo, tan pomposo como desgraciado), se cebaba entónces en Cerdeña; sin embargo, el virey de Nápoles, para las necesidades de la guerra, sacaba de allí tropas, las cuales llevaron consigo el contagio. En vano prohibió hablar de él, y mandó á los médicos negasen que existia; el mal se extendió con el furor natural en una ciudad populosa y poco aseada. Millares de personas morían diariamente, y los cadáveres que quedaban sin sepultura, ocasionaban nuevas muertes. Opusieronse al azote los mismos remedios que en Lombardía, adonde se habia introducido de la misma manera. Maldecía el pueblo á los Españoles, acusándoles de ser los autores del mal; pero en lugar de imputarlo como debia á su descuido, suponía en ellos una absurda voluntad deliberada, diciendo que asalariaban á los envenenadores y mágicos, y que por esto era por lo que perecían mas pobres que ricos. En consecuencia, dió muerte á muchas personas en el arrebato de su furor, y á otras, precediendo las formas judiciales. Entretanto le peste se extendía por las provincias; pasaba á Génova, que habia preferido

Juan
de
Austria.

1651.

26 de
noviem.
bre.

1656.

Peste.

aquella terrible eventualidad á la interrupcion del tráfico (1); y estallaba en Roma, donde tambien se creía que procedía de los Españoles, irritados de que el papa hubiese recibido al embajador portugues. De esta manera el vulgo atribuía la peste física á aquellos que eran verdaderamente su peste moral.

CAPÍTULO XXXII

Venecia.

Animaban á Venecia pensamientos muy distintos. Habíanse pasado sus hermosos dias, y ya no era formidable en lo exterior como cuando resistió á la liga de Cambray; sin embargo, hacíase aun respetar en Oriente. Habia estipulado con Soliman I el libre comercio, y asimismo tener en Constantinopla un bailío trienal, pagando de tributo 10,000 ducados al año por Chipre, y 500 por Zante. Cuando vió que no podía contar con el auxilio de los Cristianos, renovó el tratado de paz con los Turcos, cediendo á Chipre y otros lugares, y haciendo ascender á 1,500 ducados el tributo que pagaba por Zante, al paso que desembolsando 8,000, redimió el concerniente á Candía, á cuya isla pasó Jacobo Foscarini, revestido de autoridad dictatorial, y promulgó allí leyes.

Pero mientras debía estar en guardia contra la Turquía, no podia fiarse del Austria, la cual deseosa siempre de poner en comunicacion directa sus posesiones eslavas con las italianas, la estrechaba por todas partes y amenazaba su existencia. Reducida, pues, á atender á su conservacion, viviendo del comercio y de la política, dirigía su prudencia á mantener el equilibrio, especialmente en Italia. Por lo mismo se oponía á todo engrandecimiento de España, y esta á su vez la odiaba de corazon, mayormente desde que la vió unirse á Enrique IV, que pidió ser inscrito en el libro de Oro, donde figuraron sus descendientes hasta que los borró con su propia mano el fugitivo Luis XVIII, cuando la espirante república no se atrevió á concederle hospitalidad.

Como si hasta la naturaleza conspirase con los hombres, una tormenta espantosa hizo pedazos en 1613 cuantas naves se encontraban en los puertos del Mediterráneo; mas á pesar de esto, á pesar de la desventaja que le resultó de haber cambiado de rumbo el comercio, Venecia era aun poderosa en los mares. Cuando Enrique III visitó aquel territorio y se le dieron las fiestas cuya memoria todavía dura, en el solo dia que empleó en observar el arsenal,

(1) Solo diez mil habitantes se quedaron en la ciudad, y entónces un sentimiento de piedad inspiró á los ricos la idea de construir la casa de pobres. De triste memoria es el modo con que en Aquasola fueron los cadáveres echados en unos vastos subterráneos que servían de almacenes de granos; pero como se hinchasen en aquel lugar, se abrió un pasadizo, por manera que se formó como un rio de corrupcion que aumentó el horror en aquella triste ciudad.

se hizo, armó, botó al mar y equipó una galera; y los dos primeros buques que el czar Pedro tuvo en el Mar Negro, fueron construidos en Venecia, adonde envió sesenta oficiales jóvenes para que se instruyesen.

Venecia conservaba á los países en que ejercía dominio sus privilegios y estatutos, y el tribunal de los Diez castigaba cualquiera violacion de los mismos. Enviaba á ellos corregidores y capitanes; el podestá presidía el consejo de los nobles que representaban á las ciudades, al paso que los representantes del territorio eran presididos por un capitán. Así las ciudades como los territorios tenían nuncios y patrocinadores en Venecia, y acostumbraban elegir un patrono entre los nobles. El pueblo vivía en Venecia contento; la Señoría procuraba que reinase siempre la abundancia, y la industria estaba floreciente; el comercio con países distantes se veía protegido, dejando complacidos y gananciosos á los que á él se dedicaban; las guerras no pesaban sobre los habitantes, pues se hacían á menudo por mercenarios y no turbaban el sosiego de la capital; la justicia se administraba con rapidez é igualdad, hiriendo tambien al noble quizá mas rigurosamente; las clientelas atraían al rico el afecto del pobre, y las frecuentes fiestas divertían á todos.

La capital contaba en 1650 doscientos cincuenta mil habitantes, cuyo número se aumentó en 1680 una cuarta parte mas; las rentas del Estado ascendían á 3.859,000 cequies, y los gastos á 2.898,000 (1); este millon excedente se depositaba en una caja inviolable, para atender á los casos extraordinarios que la malevolencia ó la ambicion sabían suscitar á menudo. En la guerra de Chipre, el Erario se habia encontrado en pérdida, y como se creyese que la culpa era de los Diez, se formó una conspiracion, y no obtuvieron votos para la junta, que en consecuencia quedó abolida (1583). Se confió el manejo de los caudales públicos á magistrados dependientes del Senado, y se quitaron á los Diez las atribuciones relativas á cuentas, así como tambien las legislativas y políticas, dejándolos reducidos á constituir un tribunal supremo para los delitos de Estado, y ordinario para juzgar á los nobles.

Este tribunal hacia pesar sobre el país su misterioso poder: las denuncias y los procedimientos secretos desterraban aquella seguridad del inocente, que es la mas preciosa de todas las propiedades. Se habian organizado partidas de espías para ponerse á escuchar en las puertas de las casas, indagar los pasos, y servir de instrumento á las pasiones. Notaron que, entre otros, el senador Antonio Foscarini iba en secreto á casa del embajador de Francia, lo cual en un noble era un crimen capital. Prendiósele pues, y declaró, que se dirigía allí por la noche y disfrazado para acudir á la cita de una dama, cuyo nombre no le permitía el

(1) Noticia sacada de Bedmar.

Los
Diez.

1621.